



Leyendas de ébano

Encontrándonos en vísperas de unos días en los que nos jugaremos nuestro futuro en la presente Champions, y pensando en la importancia que tendrán en los partidos a jugar aquellos de nuestros mejores jugadores que persiguen el sueño de convertirse en leyendas, me vienen a la memoria dos de los que, por mérito propio, se ganaron el derecho a formar parte del exclusivo club de los inmortales.



Eduardo Fernández

Presidente Unión
Internacional de Peñas
del Atlético de Madrid

Porque convertirse en leyenda del Atleti no está al alcance de cualquiera. No basta simplemente con haber defendido nuestra camiseta. Es determinante la manera en que se hizo y la impronta dejada para la posteridad. Todos los que defendieron nuestros colores merecen nuestro respeto, por haberlo hecho. Pero no todos se convirtieron en leyendas, pues eso le restaría todo el valor a tan alta consideración.

Me refiero a dos jugadores irrepetibles por antonomasia y que compartieron características que les hicieron especiales. For-

midables los dos. Los dos, africanos. Los dos, de ébano. Los dos, genios.

El primero de ellos nació en la mítica ciudad marroquí de Casablanca en 1917. De familia muy humilde, hasta el punto de que en sus primeros años jugaba descalzo por falta de medios para comprarse unas botas, pronto empezó a destacar por su juego preciosista. Jugaba para divertirse y dar espectáculo. Su maravillosa clase llamó la atención de los franceses (Marruecos era en aquella época un protectorado francés) y fue fichado por el Olympique de Marsella. Y ahí empezó su

leyenda.

Cuentan las crónicas de entonces que la gente iba al campo solo por verle a él. Fue sin duda la primera estrella mediática que nos trajo el fútbol y solo la ausencia de la televisión impidió que fuese reconocido mundialmente. Lamentablemente su carrera se vio truncada con el estallido de la Segunda Guerra Mundial, lo que le obligó a volver a su tierra natal. Al acabar la guerra, el inolvidable Helenio Herrera (primer gran entrenador en la historia del fútbol) lo repesca para el Stade Français y es a partir de ahí cuando su fama trasciende fron-

nteras.

En la ya histórica fecha del 6 de mayo de 1948 juega con su equipo un partido de exhibición contra el Atleti en el ya desaparecido Metropolitano de Reina Victoria, tras el cual, los dirigentes del club, impresionados por lo que acababan de ver, deciden ficharle inmediatamente, ante el entusiasmo de la hinchada y el aplauso de los periodistas deportivos del momento. Y de esta forma comienza la extraordinaria carrera de **Larbi Ben Barek** en el Atlético de Madrid.

Convertido en el primer futbolista negro que jugó en un equipo español, lo que habla bien a las claras del gran talento aperturista y carente de todo sesgo racista o intolerante del que siempre ha hecho gala nuestro Atleti, formó parte de un equipo mágico que durante seis temporadas practicó un fútbol tan elegante como efectivo, pues no solo enamora-

ban con su arte a propios y extraños, sino que también ganaron dos títulos de Liga.

Ben Barek era el toque excelso de aquel inolvidable equipo. El brillante más exclusivo de una delantera formada por Juncosa, Ben Barek, Silva, Carlsson y Escudero. Delantera de Seda ya para siempre y por siempre recordada por su **Perla Negra**.

A día de hoy, Ben Barek sigue siendo el jugador que durante más tiempo fue internacional por Francia, más de quince años, lo que pone en valor la importancia de su figura y constituye un referente para los que aprecian el espectáculo del fútbol. Poseedor de una técnica exquisita, era a la vez un portento físico y un creador de juego tan versátil como profundo.

Queda para el recuerdo la frase que utilizó Pelé al ser preguntado

por él: "Si yo soy el Rey del fútbol, Ben Barek es Dios". Y también para el recuerdo lo que publicó el diario L'equipe al conocerse la intención de traspasarle al Atleti: "Vendan si quieren el Arco del Triunfo o la Torre Eiffel, pero no vendan a Ben Barek "

Fue con toda seguridad el primero de entre los más grandes. Y fue uno de los nuestros.

Y el segundo en mi recuerdo se trata de otro fenómeno llegado del continente negro. Don Jorge Alberto Mendoza. Futbolista, señor, intelectual y caballero. Y una gran persona, para más señas, con cuya amistad me honro. Todo un personaje con una vida de película y una leyenda con mayúsculas.

Mendoza, a pesar de su inmensa calidad, no fue nunca internacional por Portugal (Angola era colonia portuguesa) al negarse a hacer la mili. Sus profundas con-



vicciones religiosas se lo impidieron y es algo que de nuevo le ocasionaría problemas más tarde, en una nueva demostración de que la tolerancia y el respeto que forman el ADN del Atleti no es fácil de encontrar en otros clubes.

Llegó al Atleti en 1958, tras un fugaz paso por el Deportivo de La Coruña, para integrarse en una plantilla de extraordinarios jugadores, como Rivilla, Griffa, Calleja, Adelardo, Peiró o Collar, entre otros. A todos ellos sumó Mendoza un talento casi infinito lo que, a la postre, sirvió para construir un equipo de altísimo nivel. Equipo que me atrevo a afirmar, jugó el mejor fútbol en décadas.

Cierto es que yo era aún demasiado joven para apreciar tanta calidad en su conjunto, pero sí lo suficiente despierto para admirar la belleza que destilaba Mendoza cada vez que tocaba el balón. Con mimo de artista y elegancia infinita, jugaba sin aparente esfuerzo y, cuando estaba inspirado, era imparable.

Cuentan los que jugaron con él que su carácter, un tanto indo-

lente a veces, le impidió a menudo brillar como merecía. Otros, no obstante, creen que no se puede pedir continuidad a la excelencia y que no era posible mantener constantemente un fútbol de tanta jerarquía.

Aquel equipo de fábula ganó una liga, tres copas (dos de ellas al Madrid de Di Stéfano y Puskas) y la Recopa del 62, competición que nos dejó a todos una anécdota tan cierta como extraordinaria. Fue un 15 de septiembre de 1965, con ocasión de un partido contra el Dínamo de Zagreb, jugado en el Metropolitano y en el que yo tuve la suerte de estar presente, de la mano de mi padre. Mendoza marcó tres goles y dio a Luis la asistencia para marcar el cuarto. Tanto y tan bien jugó que, al acabar el partido, fue sacado a hombros por los aficionados, dejando para la posteridad una imagen única en el fútbol profesional.

En la posterior rueda de prensa, el entrenador del equipo rival, al ser preguntado por el partido, dijo escuetamente: “¿El rival? Mendoza y diez más”.

A Mendoza le debemos mucho los Atlético, pues en 1967 y encontrándose en el mejor nivel de su carrera, accedió a ser traspasado al Barcelona ante la necesidad de recursos que tenía el club para terminar el Estadio del Manzanares. Gracias por tanto a su traspaso, pudimos ver terminado nuestro inolvidable Calderón.

Dotado de gran inteligencia y formación, fue un precursor del fútbol moderno, dentro y fuera del terreno de juego. Tras su retirada (tuvo que abandonar el Barcelona pues su presidente, al enterarse de que era Testigo de Jehová, le hizo la vida imposible) siguió aportando al fútbol clarividencia y conocimiento, organizando el primer Mundialito de la Inmigración, inventando el Fútbol 7 (cuya patente tiene registrada) y sentando las bases que constituyeron el embrión de la actual AFE. Ocupó altos cargos diplomáticos para el gobierno de Angola, tras su independencia de Portugal y sigue siendo a día de hoy una fuente inagotable de ideas en torno al mundo del fútbol.

La Perla Negra y el Eterno Caballero. O lo que es lo mismo, nuestras Leyendas de Ébano. Muchas gracias y mucho Atleti, amigos.

Eduardo Fernandez
Presidente Unión Internacional de Peñas del Atlético de Madrid.

